

UNA PRESENCIA EN LA MIRADA

Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímíni, 24 de abril de 2015

Apuntes de la Introducción de Julián Carrón

No hay nada que necesitemos más, al comienzo de este gesto, que pedir y suplicar al Espíritu para que elimine en nosotros todo lo que está anquilosado, lo que no está disponible, toda nuestra distracción, nuestro olvido, y abra nuestra espera en la forma en que me escribe una de vosotros: «Hoy es una de esas mañanas en las que no puedes levantarte sin ir a buscarle. Y vas a misa pidiendo al Señor volver a encontrarle en casa, en donde empieza cada día el desafío de la vida. Sigues sin saber cómo estar delante de tu hijo, al que todo le parece injusto y todo le enfurece. Y todo se convierte en petición; no sabes muy bien, pero todavía hoy arde en el corazón esa exigencia de amor. A la espera de esos tres días, los Ejercicios de la Fraternidad, tan únicos e indispensables, parece que todo es una pregunta que quema, una exigencia de algo que falta, súplica de esos rostros que como tú busco por el camino; exigencia de un abrazo que querrías para siempre, y que todavía buscas para aquellos que amas, para el mundo entero; sed de escuchar, de hacer memoria, de recordar que nunca es suficiente. Sigue quemando ese amor a Cristo, a su compañía, que buscas todavía a los cincuenta años y de la que nunca estás saciada».

Con esta súplica, con esta espera que se convierte en súplica, pedimos al Espíritu que lleve a cumplimiento nuestro frágil propósito y nos disponga para acoger lo que el Señor nos dará en estos días.

Desciende Santo Espíritu

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rímíni, Su Santidad el papa Francisco, espiritualmente presente, dirige un saludo cordial y lleno de buenos deseos, deseando para los numerosos participantes y para cuantos se han conectado vía satélite abundantes frutos de descubrimiento interior de la fecundidad de la fe cristiana, sostenida por la certeza de la presencia de Cristo resucitado. El Santo Padre invoca los dones del Espíritu Divino para un generoso testimonio de la perenne novedad del

Evangelio, dentro del surco trazado por el benemérito sacerdote monseñor Luigi Giussani. Y, al tiempo que pide perseverar en la oración para sostenimiento de su ministerio universal, invoca la protección celestial de la Virgen Santa e imparte de corazón a usted y a todos los presentes la implorada bendición apostólica, que nos complace extender a toda la Fraternidad y a los seres queridos. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

Como indica el telegrama del Santo Padre, nos hallamos todavía inmersos en la luz de la noche de Pascua. La noche pascual ha estado dominada por la luz del cirio pascual, por la luz que Jesús resucitado ha introducido para siempre en la historia. La Iglesia mira todo, puede mirar todo a la luz de este hecho. Porque solo cuando aparece definitivamente la luz de la Resurrección de Jesús, nosotros podemos comprender lo que nunca llegaríamos a comprender sin ella: el significado último de todo. Por eso desde aquella noche, partiendo del presente, desde el momento en que la Iglesia está ya invadida por la luz de la Resurrección (que dicta el método para mirar todo), la Iglesia nos invita a mirar la historia que, a partir de la creación, adquiere todo su esplendor: es la historia en la que se revela a nuestros ojos que la realidad es últimamente positiva.

En la luz de la Resurrección podemos mirar a la cara la pregunta más acuciante que el hombre se hace: ¿merece verdaderamente la pena haber nacido? Esa pregunta que nos asalta cuando la vida, incluso con toda su belleza, con toda su promesa, nos pone contra las cuerdas: pero, ¿por qué merece la pena haber nacido? A la pregunta que el hombre se plantea sobre su vida se puede encontrar una respuesta llena de significado únicamente a la luz de esta noche: porque no habría valido la pena haber nacido si no existiera la esperanza de una vida cumplida, para siempre. Como nos recuerda la Carta a los Hebreos, vivir sería una condena, porque todos viviríamos atenazados por el miedo a la muerte, bajo esa espada de Damocles que pende sobre nosotros. En cambio ahora, a la luz de la victoria de Cristo, podemos reconocer la bondad última de la creación, de la vida del hombre, de la vida de cada uno de nosotros, porque en ella se da una respuesta exhaustiva a la pregunta radical sobre el significado de nuestra vida. El Pregón pascual canta: «¿De qué nos serviría haber nacido, si no hubiéramos sido rescatados?»¹. Sin la Resurrección de Cristo, ¿qué sería la vida, qué significado tendría?

La luz que domina la noche de Pascua nos permite comprender toda la historia de la salvación, desde la liberación de la esclavitud de Egipto hasta la historia de los profetas,

¹ Pregón pascual, *Canto de la Pasión y del Pregón pascual*, Conferencia Episcopal Española.

una historia cuya única finalidad es hacernos entrar paso a paso en la lógica del designio de Dios que se ha ido desvelando a lo largo del tiempo.

Las lecturas bíblicas de la vigilia pascual nos revelan la pasión que Dios tiene por los hombres, hasta el punto de que llega a preocuparse por la suerte de un pueblo insignificante, el de Israel, manifestando a todos que Él no es indiferente al sufrimiento de los hombres. Dios empieza a responder de forma concreta, específica, a ese sufrimiento y nunca abandona a sus hijos. Y aunque muchas veces puedan sentirse abandonados, como una mujer abandonada siente su alma desconsolada, Dios llega a ellos a través de los profetas como, por ejemplo, Isaías: «¿Es que acaso se repudia a la esposa de la juventud?» Y, sin embargo, dice el Señor: «por un instante te abandoné, / pero con gran cariño te reuniré. / [...] Por un instante te escondí mi rostro, / pero con amor eterno te quiero, / dice el Señor, tu libertador». Dios asegura a su pueblo: «Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, / no cambiaría mi amor, / ni vacilaría mi alianza de paz, / dice el Señor que te quiere»².

¿Cuándo adquieren verdaderamente significado estas palabras si no es con el hecho potente de la resurrección de Cristo? Si no fuera así, quedarían como bellas palabras de consuelo sentimental, pero en el fondo no constituirían un cambio trascendental, decisivo, no introducirían en la vida algo verdaderamente nuevo. Solo el hecho de la Resurrección proyecta sobre esas palabras la luz necesaria y las llena de significado. Y es cuando podemos comprender por qué Jesús había dicho a sus discípulos: «¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron»³. Los profetas formaban parte de esta historia, vivieron parte de esta historia y desearon ver que se cumplía, pero no lo vieron. Por eso, Jesús nos dice: «Bienaventurados los que lo habéis visto»: ¡nos lo dice a nosotros, que lo hemos visto, que hemos visto cómo su designio se cumple!

La Iglesia, en la noche de Pascua, posee la luz para mirar todo, la oscuridad toda, todo lo que nosotros los hombres nos negamos a mirar porque no tenemos una respuesta, empezando por nuestro propio mal. Porque «esta es la noche en que la columna de fuego esclareció las tinieblas del pecado. Esta es la noche en que, por toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado [...]. Esta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte,

² Is 54,6-8.10

³ Lc 10,23-24

Cristo asciende victorioso del abismo». Ante esta luz el pueblo estalla en un grito de alegría: «¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados?». A la luz de este acontecimiento la Iglesia y todos nosotros, si de verdad el Señor nos da la gracia de una mínima conciencia, podemos decir: «¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!»⁴.

Con Cristo resucitado en la mirada, la Iglesia es tan capaz de mirarlo todo que se atreve a decir algo que, a los ojos de nuestra razón, parece paradójico: «¡Feliz culpa!». Es una nueva mirada sobre el mal, que de repente se percibe como un bien: «¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!». Continúa el Pregón pascual: «¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos». Y el misterio de la noche es este: «Y así, esta noche santa ahuyenta los pecados [no solo los podemos mirar sino que incluso podemos ver cómo los aleja], lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes»⁵

¿Cómo no estar agradecidos si nos dejamos iluminar por la luz que el acontecimiento de la Resurrección introduce para siempre en la vida y en la historia? Es por lo que no existe circunstancia que uno pueda atravesar, no hay dificultad o mal que uno lleve sobre sus hombros que se deban censurar, que sean tan grandes que no puedan mirarse, desafiarse, a la luz de la victoria de Cristo resucitado. A la luz de la resurrección podemos mirarlo todo, amigos, porque nada queda excluido de esta victoria. Pidamos al Señor sencillez para aceptar esta luz, de modo que pueda entrar hasta los pliegues más íntimos y más escondidos de nuestro ser.

Lo que hemos celebrado en la noche de Pascua, ¿es tan solo un hecho del pasado, un recuerdo devoto, un rito que repetimos cada año? No podemos responder a esta pregunta únicamente con una reflexión o con un razonamiento abstracto. Ningún razonamiento podría satisfacer la urgencia punzante de esta pregunta, no conseguiría amortiguarla. ¿Qué es lo que puede demostrar la verdad, es decir, la realidad de lo que hemos celebrado en Pascua? Solo un hecho: el acontecimiento de un pueblo, como el que nosotros hemos visto en la plaza de San Pedro. Un pueblo que confirma y pide a gritos la realidad de la Resurrección.

Pero para poder sorprender en toda su profundidad lo que nos sucedió en la plaza de San Pedro hemos de fijarnos en un hecho distinto, en algo que aconteció hace dos mil

⁴ Pregón pascual, *Canto de la Pasión y del Pregón pascual*, Conferencia Episcopal Española.

⁵ *Ibidem*

años a un pueblo y que testimonia y confirma la resurrección de Jesús: Pentecostés. «Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: “¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene, hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua. Estaban todos estupefactos y desconcertados, diciéndose unos a otros: “¿Qué será esto?”. Otros, en cambio, decían en son de burla: “Están borrachos”»⁶.

Como vemos, ya desde el comienzo, desde el primer momento, no es suficiente con que tengamos el hecho ante nuestros ojos, aunque se trate de un hecho imponente. Es necesaria la libertad para reconocer el significado que grita el hecho en sí. Para descubrirlo se necesita un hombre en tensión que tome conciencia de todos los factores que porta en sí ese acontecimiento, «con esa inteligencia positiva, pobre, dispuesta a afirmar afectuosamente la realidad, pues ese es el terreno sobre el que se asienta la fe»⁷. Solo de este modo uno podía encontrar respuesta a la pregunta que ese hecho provocaba: «¿Qué significa este agruparse de personas», y verificar la razonabilidad de las posibles interpretaciones, como la que supone que estuviesen borrachos.

A esta pregunta, a su urgencia, a la pregunta que nace del hecho asombroso de Pentecostés, Pedro responde con su discurso recogido en los *Hechos de los Apóstoles*: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. No es, como vosotros suponéis, que estos estén borrachos, pues es solo la hora de terciá (las nueve de la mañana, *ndt*) [¡un poco temprano para estar borrachos!], sino que ocurre lo que había dicho el profeta Joel: *Y sucederá en los últimos días, dice Dios,*

⁶ Hch 2,1-3

⁷ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el Año Litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, p. 100.

que derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán. Y obraré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra, sangre y fuego y nubes de humo. El sol se convertirá en tiniebla y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor, grande y deslumbrador. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él: *Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile. Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua, y hasta mi carne descansará esperanzada. Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos, ni dejarás que tu Santo experimente corrupción. Me has ensañado senderos de vida, me saciarás de gozo con tu rostro.* Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: El patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios *le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo*, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que *no lo abandonará en el lugar de los muertos y que su carne no experimentará corrupción*. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo. Pues David no subió al cielo, y, sin embargo, él mismo dice: *Oráculo del Señor a mi Señor: “Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies”*. Por lo tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías. Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: *¿Qué tenemos que hacer, hermanos?* Pedro les contestó: *“Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”*»⁸.

⁸ Hch 2,14-38.

Únicamente la Resurrección de Cristo puede dar razón adecuada de aquel hecho. Ante su importancia, Pedro no puede quedarse en un nivel de interpretación fenomenológica o sociológica. En Pedro prevalece una tensión extrema por decir Su nombre: solo Cristo resucitado, por la fuerza de su Espíritu, es la única explicación adecuada de la existencia de este pueblo nacido de la Pascua. Pedro está completamente dominado por la presencia de Cristo resucitado y puede mirar la realidad sin quedarse en la apariencia, venciendo cualquier tipo de interpretación reductiva. Pedro no logra mirar nada si no es con la presencia de Cristo resucitado en la mirada.

Amigos, solo una mirada como esta puede introducirnos en la comprensión adecuada, sin reducciones, de lo que ocurrió en la plaza de San Pedro. Nosotros formamos parte del pueblo que ha nacido de la Pascua de Cristo, que se ha reunido en la plaza de San Pedro. Cada uno de nosotros puede comparar entre la forma en que ha vivido el acontecimiento de nuestro pueblo que ha tenido lugar en la plaza de San Pedro de Roma el pasado 7 de marzo y la conciencia que tenía Pedro del acontecimiento que el pueblo vivió en Pentecostés.

Por eso, amigos, los días de Pascua son el paradigma de la vida cristiana. Tratemos de imaginarnos cómo las apariciones de Jesús, un día tras otro —como nos recuerda la liturgia— debieron abrumar a los apóstoles ¿Qué otra cosa era para ellos la vida sino el prevalecer de su presencia viva, sino el vivir con su presencia en la mirada? No podían eliminarle de sus ojos.

«El Misterio no es lo desconocido; o, mejor dicho, es lo desconocido en cuanto se hace objeto de nuestra experiencia sensible. Es un concepto muy importante: por ello se habla del misterio de la Encarnación, del misterio de la Ascensión, del misterio de la Resurrección. Dios como Misterio sería una imagen intelectual si se quedara en la expresión: «Dios es “misterio”»⁹.

Subraya enérgicamente don Giussani: «El Dios viviente es el Dios que se ha revelado en la Encarnación, muerte y Resurrección de Cristo. El Dios verdadero es Aquel que vino entre nosotros, el que se hizo sensible, tangible, visible y audible. El Misterio [...]

entró en el ámbito de la experiencia, se hizo presente en la historia del hombre. [...] La resurrección es el culmen del misterio cristiano. Todo fue creado por Él y para Él, porque la resurrección de Cristo es el comienzo de su glorificación eterna: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo». Todo y todos encontramos sentido en este acontecimiento: Cristo resucitado. La gloria de Cristo resucitado es la luz, el colorido, la

⁹ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el Año Litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, p. 67.

energía, la forma de nuestra existencia y de la existencia de todas las cosas»¹⁰.

Cada uno sabe cómo ha vivido los días de Pascua. Para los discípulos, lo que predominaba en la mirada o en la conciencia durante aquellos días era la presencia de Cristo resucitado. ¿Y para nosotros? ¿Qué ha pasado dentro de nosotros? En nuestra vida fácilmente se produce como una fuga, una desmemoria, un olvidarnos, como dice inmediatamente después don Giussani: «La centralidad de la resurrección de Cristo es directamente proporcional a nuestra huida; es como si huyéramos de algo desconocido»; para nosotros, muchas veces, parece como si Cristo faltase, como si fuese un «desconocido», no una presencia familiar, que nos atrae y nos colma. «A nuestra desmemoria, o cobardía; a la timidez con la que pensamos en esta palabra y enseguida pasamos a otra: a ello es directamente proporcional el carácter decisivo de la Resurrección como propuesta del hecho vivo de Cristo, como contenido supremo del mensaje cristiano, que así realiza esa salvación, esa purificación del mal, ese renacer del hombre por el que Cristo ha venido»¹¹.

Prosigue don Giussani: «Nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano y, por tanto, la autoconciencia nueva de mí mismo, del modo en que miro a todas las personas y las cosas. La Resurrección es la clave de una nueva relación conmigo mismo, con los hombres y con las cosas» ¡empezando por mí! No hay otra forma de mirar, amigos. No hay otra mirada sobre nosotros, sobre las cosas, las personas, la historia, después del hecho histórico de la Resurrección, sino la que tiene en su presencia la luz para mirar todo. Porque «la Resurrección es», recalca don Giussani, «la clave de una nueva relación conmigo mismo, con los hombres y con las cosas. Y, sin embargo, es la realidad que más rehuimos. Es como lo que más dejamos de lado –si queréis, respetuosamente–, dejamos que siga siendo una palabra árida, percibida de manera teórica, considerada como una idea abstracta», precisamente porque «llega a su culmen el desafío que el Misterio hace a nuestra medida [...]. El cristianismo es la exaltación de la realidad concreta, la afirmación de lo carnal, el anuncio de la encarnación; tanto que Romano Guardini puede decir que no hay ninguna religión más materialista [es decir, vinculada a la realidad concreta, a la carne] que el cristianismo. El cristianismo otorga valor a las circunstancias concretas y sensibles, por lo cual uno no tiene nostalgia de grandeza cuando se ve ceñido a lo que le toca hacer: lo que tiene que hacer, por pequeño

¹⁰ *Ibidem*, pp. 67, 69.

¹¹ *Ibidem*, p. 69.

que sea, es grande, porque ahí vibra la Resurrección de Cristo. Estamos “inmersos en el gran Misterio”. Sería como desperdiciar algo del Ser, dilapidar a Dios de su grandeza, poder y señorío; sería vaciarlo lentamente de contenido y extinguir el Misterio, el Origen y el Destino de todo, si no nos sintiéramos *inmersos* en este Misterio, *en el gran Misterio* de la Resurrección de Cristo. *Inmersos*, como el yo está sumergido en el «tú» pronunciado de todo corazón, como el niño mientras mira a su madre, como el crío sienta a su madre»¹².

«Tenemos que recobrar la inteligencia del niño» para poder mirar las cosas de modo verdadero. Se llama “fe” la inteligencia humana cuando, conservando toda la pobreza de su naturaleza original [cómo ánfora vacía por la mañana], se ve colmada por Otro, ya que en sí está vacía, como unos brazos abiertos que todavía tienen que estrechar a la persona que esperan, que ansían. Ya no me puedo concebir sin estar inmerso en Tu gran Misterio; porque la piedra que desecharon los constructores de este mundo, o cualquier hombre que imagina y planea su vida, es ahora la piedra angular, la única sobre la que se puede construir. Este Misterio –Cristo resucitado– es el juez de nuestra vida. Él, que la juzgará al final, también la juzga día a día, hora a hora, momento a momento, sin solución de continuidad. Quiero subrayar que este “verle” como el Resucitado, [...] es un juicio: “Tú, oh Cristo, has resucitado”. “Cristo ha resucitado” es un juicio, por tanto un acto del intelecto, que excede el horizonte normal de la racionalidad y reconoce y testimonia una Presencia, que por todas partes rebasa el alcance de la capacidad humana, de la existencia humana y de la historia. [...] Únicamente por gracia podemos reconocer a Cristo resucitado y podemos sumergirnos en su gran Misterio. Solo por gracia podemos reconocer que, si Cristo no hubiera resucitado, todo sería vano, vana sería nuestra fe —como escribe san Pablo— vana sería nuestra afirmación positiva, segura y gozosa de la realidad, vano sería nuestro mensaje de felicidad y salvación. «Seguiríamos bajo el yugo de nuestros pecados», es decir, bajo la mentira, el no-ser, el no lograr ser»¹³.

Don Giussani no usa medias tintas: «Sin reconocer la resurrección de Cristo nos queda sólo una alternativa: la nada. Nunca reparamos en esto. Por tanto pasamos los días con esa vileza, esa mezquindad, con ese aturdimiento, esa cerrazón instintiva, con esa distracción repugnante en la que el yo –¡nuestro yo!– se dispersa. Así que cuando decimos «yo» afirmamos, testarudamente, un pensamiento nuestro, una medida nuestra

¹² *Ibidem*, pp. 69, 70, 73, 74.

¹³ *Ibidem*, pp. 74, 75, 76.

(a la que llamamos “conciencia”); o nuestro instinto, las ganas de poseer, una pretendida e ilusoria posesión. Sin la resurrección de Cristo, todo es una ilusión que juega con nosotros. Ilusión es una palabra latina que hunde sus raíces en la palabra “juego”: la realidad nos juega una mala pasada, somos burlados, engañados. Es fácil verlo al mirar el inmenso rebaño de los hombres que vive en nuestra sociedad; la ingente, la incalculable presencia de los que viven en nuestra ciudad, de nuestros vecinos [...] de los que viven a nuestro lado en la casa. Y no podemos negar el peso de esta mezquindad, vileza y aturdimiento; de esta distracción y completo extravío del yo; un yo reducido a la defensa encarnizada y presuntuosa de lo que se le ocurre [...] o del instinto que pretende agarrar y poseer lo que quiere, lo que le resulta agradable, satisfactorio o ventajoso. [...] Nunca la palabra pedir, rezar, rogar se vuelve tan decisiva como ante el Misterio de Cristo resucitado»¹⁴.

Por eso, continúa don Giussani, «para sumergirnos en el gran Misterio debemos suplicar: pedir es la mayor riqueza. [...] El realismo más vibrante y dramático es mendigarlo»¹⁵. Como escribía san Agustín: «Si tu deseo esté siempre ante él [el Misterio], él, que ve en lo secreto, te recompensará. [...] Tu deseo es tu oración [tu petición]; si tu deseo es continuo, continua es también tu oración. [...] Si no quieres dejar de orar, no ceses de desear».¹⁶

¡Qué inmensa e ilimitada gratitud volver a escuchar estas cosas, darnos cuenta que de nuevo Cristo se vuelve a hacer presente de forma tan evidente! No existe noticia que se pueda comparar con esta. Cristo presente todavía tiene piedad de nosotros. De este modo Él sigue siendo el primero, nos *primerea*. Con esta presencia en la mirada podemos mirar y juzgar todo; podemos tener una mirada rebosante de esa luz sobre nuestro tiempo, sobre el vacío, la violencia, la tribulación, la indiferencia.

Una mirada así nos puede ayudar a comprender también la densidad de lo que hemos vivido en la plaza de San Pedro. Son muchos los signos del acontecimiento que se nos ha dado en Roma, como muchos de vosotros habéis escrito. Vosotros lo sabéis igual que yo. «Al volver de Roma en coche», dice sintéticamente uno de vosotros, «con algunos amigos, había un clima distinto: era absolutamente evidente que ese día nos había pasado algo a todos». Son muchos los signos que muestran que del 7 de marzo no solo nos ha quedado un impacto sentimental, sino que nos hemos sorprendido determinados por una mirada nueva sobre la vida.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 76, 78.

¹⁵ *Ibidem*, p. 78.

¹⁶ San Agustín, *Comentarios a los Salmos*, Salmo 37,14.

¿Qué ha sucedido en la plaza de San Pedro? El Papa no nos ha hablado sin más. Con él hemos vivido un gesto que —para usar su expresión— nos ha «descentrado» y nos ha devuelto de nuevo al centro, nos ha permitido experimentar a Cristo en acción. No existe otro punto de partida para mirar lo que ha sucedido allí más que esta experiencia. El papa Francisco ha hecho suceder lo que él mismo nos ha dicho: un encuentro lleno de piedad, de misericordia. Es el mismo método de la noche de Pascua. A la luz de la experiencia que hemos hecho es como podemos mirar todo lo que nos ha dicho, también su llamada a la conversión para no perder el centro, que es Cristo, en todo lo que hacemos.

He percibido en algunas personas un cierto asombro ante esta llamada a la conversión. Pero, amigos, sería una presunción pensar que no necesitamos convertirnos, que no hay nada en nosotros que deba cambiar. ¿Quién de nosotros no necesita convertirse? Al escuchar las distintas reacciones, me he acordado de un pasaje de la *Carta a los Hebreos* que se refiere al libro de los *Proverbios*, que puede ayudarnos a leer el discurso del Papa con la actitud justa. «Hermanos, teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: *Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos* (Pro 3,11-12). Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, es que sois bastardos y no hijos. [...] Dios, en cambio, [nos educa] para nuestro bien, para que participemos de su santidad. Ninguna corrección resulta agradable en el momento, sino que duele; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella»¹⁷.

Prestemos atención a la diferencia entre ciertas reacciones nuestras a la intervención del Papa y la que tuvo don Giussani después del reconocimiento de la Fraternidad de Comunión y Liberación el 11 de febrero de 1982. Cada uno puede hacer la comparación.

¹⁷ Hb 12,1-11.

«El acto de la Santa Sede “erige y confirma en persona jurídica para la Iglesia universal la asociación laical denominada ‘Fraternità di Comunione e Liberazione’, declarándola a todos los efectos Asociación de Derecho Pontificio y estableciendo que sea reconocida por todos como tal”. [Pero] el texto del decreto [de reconocimiento] estaba acompañado por una carta, dirigida a don Giussani por el cardenal Rossi», en la que se daba una lista de «recomendaciones», entre la que estaban: «la afirmación coherente del carisma propio debe evitar “tentaciones de autosuficiencia”; el reconocimiento de la naturaleza eclesial de la Fraternidad implica “su plena disponibilidad y comunión con los obispos, con el Pastor Supremo de la Iglesia a su cabeza”; [...] [los sacerdotes deben estar] “al servicio de la unidad”; [...] [y todos] sus miembros no deben impedir que “la fe mantenga toda su fuerza de irradiación en la vida”, etc. «Giussani recordará que le había dicho al cardenal Rossi, cuando le leía esta carta, que la quería publicar, y que el purpurado le respondió: “¡No, no la publiques! Porque las personas mal intencionadas podrían interpretar mal las recomendaciones que se os hacen en ella”. Por el contrario, para Giussani la carta era “precisamente un ejemplo de la maternidad con la que la Iglesia consigue”, cuando hay pastores como el cardenal, “acompañar a sus hijos”. En ese punto, el cardenal consintió que se publicara»¹⁸.

¿Por qué tenemos tanto miedo de acoger una llamada de atención del Papa similar a esta y tanto miedo a reconocer nuestros errores? Es un signo de que nuestra consistencia está en lo que hacemos y en lo que tenemos, es decir, que ya nos hemos desplazado de Cristo. Y por ello ya no tenemos paz ni alegría porque nuestra consistencia no está en lo que nos ha sucedido, en Quien nos ha sucedido.

El Papa y don Giussani no tienen este tipo de miedo. ¿Por qué? Porque para ellos la certeza está en un lugar diferente a lo que hacen o tienen. Mirad lo que dice Giussani — es un juicio crucial para empezar bien estos días de Ejercicios y para mirar todo a la luz de la Resurrección e Cristo—: «Normalmente [...] buscamos [la] consistencia [...] en lo que hacemos o en lo que tenemos, que es lo mismo. Por ello, nuestra vida carece de ese sentimiento y de esa experiencia de certeza plena que la palabra “paz” indica, esa certeza y esa plenitud [...], la certeza plena, [...] sin las cuales no estamos en paz [...], no [hay] alegría. Como mucho, nos complacemos en lo que hacemos o [...] en nosotros mismos. Y estos residuos de complacencia en lo que somos o hacemos no aportan ninguna dicha ni alegría, ningún sentido de plenitud ni de certeza firme».

¹⁸ A. Savorana, *Vita di don Giussani*, Bur, Milán 2014, pp. 602-603.

Y nos lo perdemos. «La certeza de nuestra vida reside en algo que nos ha sucedido, que nos ha tocado y nos ha cautivado. La certeza coincide con algo que hemos encontrado: [...] la consistencia de nuestra persona [...] [es] algo que nos ha ocurrido. “Uno nos ha acontecido” [...] “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”¹⁹.

El Papa y Giussani pueden mirar todo porque están ciertos de Cristo y de su misericordia. Por eso el Papa puede decir: «Por eso, algunas veces ustedes me han escuchado decir que el lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo es mi pecado»²⁰. No podemos imaginar nada más liberador que esto para poder mirarnos a nosotros mismos, lo que somos, incluso todo lo que no nos atrevemos a mirar. ¿Qué experiencia tiene el Papa para poder decir una cosa así delante del mundo entero? «El lugar privilegiado del encuentro es la caricia de la misericordia de Jesucristo hacia mi pecado»²¹. En el corazón de su audacia está la certeza de Cristo. Es la misma audacia de la Iglesia, que en la noche de Pascua grita a todo el mundo: «¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!». No tenemos que censurar nada; nada queda fuera de esta mirada, de este abrazo lleno de piedad.

La censura de nosotros mismos, la falta de audacia, confirman lo alejados que estamos de Cristo, lo distantes que estamos de Él y lo centrados que estamos en nosotros mismos: Cristo no es el centro de la vida. Solo quien no se ha alejado de Cristo no tiene miedo de mirarlo todo, incluso su propio mal. ¡Cuánto necesitamos estar descentrados de nosotros mismos para que Él vuelva a ser el centro y nos permita mirarlo todo, todo! «Jesucristo siempre está antes, nos *primerea*, nos espera, Jesucristo nos precede siempre; cuando nosotros llegamos, Él ya nos esperaba»²². ¿Quién puede imaginar un regalo más grande para sí, para nuestra vida, algo más útil para comenzar estos días?

Pero el asunto no termina aquí, no ha empezado... Porque no es que yo, sin la experiencia de la misericordia, no encuentro paz sino que, sobre todo, no conozco verdaderamente a Cristo. «Las personas honestas», dice Péguy, «no tienen la apertura provocada por una espantosa herida, por una miseria inolvidable, por una añoranza invencible, por un punto de sutura eternamente mal cosido, por una inmortal inquietud, por una invisible y recóndita ansiedad, por una amargura secreta, por una decadencia perpetuamente enmascarada, por una cicatriz eternamente mal cicatrizada. No presentan

¹⁹ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo. Meditaciones sobre el Año Litúrgico*, Encuentro, Madrid 2014, pp. 29,

³⁰.

²⁰ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

²¹ *Ivi*.

²² *Ivi*.

aquella apertura a la gracia que esencialmente es el pecado. [...] Las “personas honestas” no se dejan mojar por la gracia»²³.

Nos ha dicho el Papa: «Solamente quien ha sido acariciado por la ternura de la misericordia conoce verdaderamente al Señor»²⁴. ¡Sin la experiencia de la misericordia no conocemos a Cristo! Dejando aparte la mentira y la ingenuidad de pensar que no somos pecadores, si no experimentamos y reconocemos su misericordia, nunca —¡y nunca es nunca!— podremos saber quién es Cristo. La carencia que tenemos en experimentar su misericordia confirma lo distantes, lo “desplazados” que estamos de Cristo.

¡Qué consuelo leer de nuevo la escena del fariseo y la mujer pecadora para comenzar estos días!

«Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora”. Jesús respondió y le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. Él contestó: “Dímelo, Maestro”. “Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?”. Respondió Simón y dijo: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Y él le dijo: “Has juzgado rectamente”. Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco”. Y a ella le dijo: “Han quedado perdonados tus pecados”. Los demás convidados

²³ Cf. Charles Péguy, *Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*, Emecé, Buenos Aires 1946.

²⁴ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

empezaron a decir entre ellos: “¿Quién es este, que hasta perdona pecados?”. Pero él dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”»²⁵.

¿Quién conoce mejor a Jesús? ¿Quién puede procurar un amor más grande y vivir la moralidad de la que nos habló el Papa? A quien mucho se le perdona, mucho ama. ¿Cómo podía aquella mujer amar tan intensamente? Por la conciencia que tenía de haber sido ya perdonada, porque había conocido a aquel hombre. ¡Qué audacia! La audacia que brota de haber sido perdonada la hace entrar en aquella casa y realizar aquel gesto sin precedentes. Había un lugar en el que ella había sido acogida con todo su mal, se había sentido abrazada por una mirada llena de misericordia. Por eso no tenía miedo de mirar de frente su pecado. Descentrada de sí misma y de su pecado, determinada por completo por la mirada de Cristo, aquella mujer ya no podía mirar nada sin Cristo en su mirada. Esta es la liberación que Cristo trae a nuestra vida, cualquiera que sea nuestro mal.

Pidamos que Cristo domine de tal forma estos días que podamos volver a casa «libres».

Un gesto de estas dimensiones no se mantiene sin la contribución de cada uno de nosotros. «¿Cómo?», se preguntaba don Giussani en los Ejercicios de la Fraternidad de 1992: «Con una sola cosa: con el silencio. Que por lo menos durante un día y medio [...] sepamos descubrir el silencio y nos dejemos sumergir en él. En este silencio profundo se exaltan el pensamiento y el corazón, se exalta la percepción de lo que nos rodea y, por tanto, el abrazo fraterno y amigable con las personas y con las cosas. ¡Que al menos durante un día y medio en un año nos dejemos ganar por la invitación a este silencio, de modo que podamos asumir el esfuerzo y la fatiga que implica!» Nos perderemos lo mejor si no damos espacio a la posibilidad de que lo que nos sucede nos penetre hasta la médula. «El silencio no es no hablar; el silencio es que nuestra mente y nuestro corazón estén llenos de las cosas más importantes, esas en las que normalmente nunca pensamos, aunque son el secreto motor por el que hacemos todo. Nada de lo que hacemos nos basta, nos satisface, [...] nada es razón exhaustiva para hacerlo. [...] El silencio [por tanto] coincide con lo que llamamos memoria», para permitir que esta mirada entre en nosotros. «Por eso insistimos en que se respete el silencio en su naturaleza [...] pero también para salvar el contexto para el que puede ser de utilidad la memoria: el no hablar inútilmente. Recomendamos el silencio sobre todo en los

²⁵ Lc 7, 36-50.

desplazamientos», porque de esta forma, cuando entremos en el salón, «la memoria se verá favorecida por la música que escucharemos o las imágenes que veremos; nos dispondremos a mirar, a escuchar, a sentir con la mente y con el corazón lo que de alguna manera Dios querrá proponernos». Y concluía: «Debemos tener una gran compasión hacia lo que se nos propone y hacia el modo en que se nos propone; la intención es buena, quiere tu bien, te quiere. Sería muy melancólico si no pudiéramos hacer nada más, pero lo que hacemos juntos en este día y medio no es mas que un aspecto del gran gesto amoroso con el que el Señor –incluso cuando no te das cuenta– acompaña tu vida hacia ese Destino que es Él»²⁶.

²⁶ L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Apuntes para una meditación – Rimini 1992.